

LA SACTA

SEMANARIO ILUSTRADO

AÑO VII

BARCELONA, 23 DE ABRIL DE 1896

NÚM. 283

15 CÉNTIMOS

FANTASIAS FEMENINAS





Uno de los aspectos de la vida interior de un gran periódico, más curiosos y menos conocidos del público lector, es el que excepcionalmente presenta en un día de elecciones de diputados, sobre todo si se trata de un diario de la noche.

En un periódico nocturno que es vivamente esperado por los lectores con las noticias del día y el resultado de la lucha, — *El Herald*, por ejemplo, porque á él se refiere lo que voy á contar, — la labor que en día semejante se lleva á cabo es verdaderamente gigantesca y angustiosa, lo primero por la enorme dificultad de recorrer los centenares de secciones electorales en extensión tan amplia como la de Madrid, lo segundo por lo brevísimo del plazo que media entre la recolección de la noticia y su publicación en las primeras horas de la noche.

Para la debida información, no basta con el personal de redacción por numeroso que sea; pero en días como el á que me refiero, la curiosidad lleva al periódico á los amigos, de los cuales se echa mano sin escrúpulo, y generalmente con gran gusto de ellos, rogándoles que ejerzan de *reporters* de ocasión en aquellos lugares en que la información es más fácil. Con la gente propia y la reclutada del modo que queda dicho, se cubre lo mejor posible el servicio de noticias que han de concentrarse en la redacción á hora fija y según la que para su edición de provincias tenga señalada el periódico. Cuando éste es de gran tirada, es menor el tiempo disponible y mayor, por tanto, el apremio del trabajo.

A la hora previamente fijada, empiezan á llegar redactores y *amateurs*; los primeros fijan rápidamente su información en cuartillas; los segundos refieren lo sabido para que los primeros escriban.

En este momento es cuando en la redacción hace falta una cabeza muy firme para no perderse en el montón de referencias de tan diversos sitios, muchas sobre el mismo hecho, no

pocas incompletas, casi todas confusas; es preciso arreglar aquel rompe cabezas chino poniendo cosa con cosa, uniendo datos distintos de un hecho mismo, y dando al todo la posible forma artística para que el lector halle pronto y sin fatiga lo que busca, todo ello con los minutos contados, bajo la presión de las manecillas del reloj.

Añádase á lo dicho, no bien juzgado sin ser visto, que el telégrafo deja sobre la mesa cientos de telegramas referentes á la lucha elec-

toral en provincias, datos mucho más confusos todavía que los de Madrid, y entre los cuales están los despachos del candidato ahogado, la denuncia del *pucherazo*, el relato del amaño y la coacción, y júzguese de la fiebre que en el cortísimo plazo de cinco horas domina á una redacción de periódico popular.

Cuando al llegar la noche el lector pasa tranquilamente la vista por la hoja impresa, no sospecha, viendo los datos ordenados y el relato completo, las fatigas que aquellas líneas han costado.

Puedo asegurar, por propia experiencia, que una elección general de diputados, que se ve llegar con temor por los gobiernos, es mucho más temida aún por los periodistas encargados de informar de ella al público en la forma que queda dicha.

Para el cronista que huye de la política y sólo se fija por deber y gusto en el lado pintoresco de una elección, no fué el domingo día perdido.

Tocáronme en suerte los colegios electorales del Este de Madrid, en barrios tan extremos como las Ventas, la Prosperidad, la Guindalera y la Plaza de Toros. Parecía que allí, por su alejamiento del centro que hace un poco provincia de tales barrios, la vigilancia de las oposiciones aflojaría y serían fáciles los amaños y *pucherazos* que caracterizan nuestro sistema

electoral; pero, contra esta previsión mía y de otros, no hubo por allí escándalo que lamentar, por lo menos de tan grueso calibre que llegara á merecer el correctivo de la publicidad.

Se suele encontrar con sorpresa, ejerciendo de muñidor electoral, ó de interventor ó de presidente, á algún amigo de quien no se sospechaba que sirviera para semejantes fregados, el cual amigo se empeña en que el periodista participe de la *paella* con que los candidatos cuidan de proveer á las necesidades de la *mesa*, y de no aceptarse el obsequio, en que el *reporter* se lleve media docena de cigarros puros, también debidos á la interesada munificencia de los candidatos. Estas mesas electorales son casi siempre de la misma madera, es decir, que para formarlas en ésta y en todas las elecciones, hay un cuerpo de *recordmans* electorales, siempre los mismos, poseedores de todos los secretos de este *sport* y duchos en cuantos extremos abarca, que no son pocos ni fáciles de aprender.

Esta raza aparte se mantiene inatacable, especialmente en los distritos populares, que están para el caso divididos en cacicargos, exactamente lo mismo que el último pueblo. Barrio hay que vota lo que le manda votar el carpin-

tero *Fulano*, cacique seguro desde hace muchos años, el cual *Fulano* tiene admirablemente montado el tinglado electoral, y ejerce en la propia capital, residencia del gobierno, como autoridad chica é indiscutible.

Está por hacer un libro que estudie todos estos pintorescos aspectos de una elección, aspectos no sospechados siquiera por el elector de buena fe.

De otras cosas, materia de crónica, apenas hay nada que merezca la pena de ser servido al lector.

Reapareció en Apolo el famoso *Tambor de granaderos*, con tan mala fortuna, que en manos de una tiple sin facultades, cayó la noche misma de su reaparición, y se prepara para mañana en el mismo teatro, la *reprise* de *El cortejo de la Irene*, y para hoy en la Zarzuela, la de la celebrada *Gran vía*, con algo nuevo que los autores han añadido para rejuvenecer la famosa revista.

De ambas cosas ha de hablarse si no se repite, que no lo espero, el ruidoso fracaso de *El tambor de granaderos*, ó, dicho con más verdad, de su intérprete.

FEDERICO URRECHA.



AMOR AL VUELO

á la niña Asunción de Zaragoza y de' Pino.

I

Así, niña encantadora,
Porque tus gracias no roben
Las huellas que el tiempo deja,
Juega como niña ahora,
Como niña cuando joven,
Como joven cuando vieja.
Por mis muchos desengaños,
Te ruego, Asunción querida,
Que ames mientras tengas vida
Como amas á los seis años:
Instante, de ese modo,
Amando desamorada:
Así, no queriendo nada,
Esto es, queriéndolo todo;
Antelante y sin anhelo,
Ya resuelta, ya indecisa,
Pasa de la risa al duelo,
Pasa del duelo á la risa,
Así, de prisa, de prisa,
Todo *al vuelo*, todo *al vuelo*.

II

Sé amorosa y nunca amante;
Lleva á la vejez tu infancia;
Sé constante en la inconstancia,
O en la inconstancia constante:
Que en amor creen los más duchos
Contra los que son más locos,
Que en vez de los pocos muchos

Valen más los muchos pocos;
Y cuando tu labio bese,
Que formule un beso insápido,
Inerte, extortero y rápido...
Pues, así; lo mismo que ese.
Nunca beses como loca;
Besa como una loquilla;
Jamás... jamás en la boca,
Siempre, siempre en la mejilla,
Ten presente que la abeja,
Queriendo entrañar la herida,
La desventurada deja
Entre la muerte la vida.

III

¡Sí! si lo mismo que hoy eres
La hermosa entre las hermosas,
Ser mientras vivas quisieras,
Dichosa entre las dichosas,
Tal ha de ser tu divisa:
Amar muy poco y de prisa
Como hacen las mariposas;
Aunque no importa realmente
Que ames infinitamente
Si amas infinitas cosas.

IV

Son tan cuerdos mis consejos,
Que me atreveré á jurarte
Por mis ojos, que, aunque viejos,



La Sirena de Tivoli.

Cuadro de W. Kray.



La Sirena y el Tritón.

Cuadro de Otto Seitz.

Aun, Asunción, al mirarte
Aspiran á ser espejos,
Que aplicando estos consejos
A mi vejez, todavía
Pienso curar, hija mía,
De mi corazón las llagas:
Llagas ¡ay! que no tendria
Si yo hubiese hecho algún día
Lo que te aconsejo que hagas.

V

Para ver si es verdadero
Lo que un apóstol revela,
«Que lo fijo es pasajero,
»Que sólo es real lo que *vuela*»,
Vuelve el rostro, hermosa niña,
Como ese cielo sereno,
Ya al cielo, ya á la campiña,
Y verás de una mirada
Que es lo más rico ó más bueno,
Lo que *vuela* ó lo que *nada*,
Como la espuma en los mares,
En el cielo los fulgores,
El incienso en los altares,
En los árboles las flores,

Los celajes en el viento,
En el viento los sonidos,
La vida en nuestros sentidos,
Y en la vida el pensamiento.

VI

Sigue el plan á que te exhorto
Amando *al vuelo*: hazte cargo.
¡Que el viaje es largo, muy largo!...
¡Y el tiempo corto, muy corto!...
Sé ligera, no traidora;
Sopla al fuego que no abrasa;
Quiere, como el que no quiere;
Sea siempre como ahora
Tu llanto nube que pasa,
Tu risa luz que no muere;
Ama mucho, mas de modo
Que estés siempre enamorada
De un cierto todo que es nada,
De un cierto nada que es todo.
Si ríes, olvida el duelo,
Si lloras, pasa á la risa,
Así... de prisa, de prisa;
Todo *al vuelo*, todo *al vuelo*.

CAMPOAMOR.



BUEN VIAJE

Sí, lectores de mi alma; en Málaga me tienen
ustedes á su disposición.

En Málaga la bella y que lo es efectivamente.

Hermosa la población y cultos y hospitalarios
sus habitantes.

A sus atenciones y afectos, debo una compensación
de las penas que en el viaje he sufrido.

Soy débil, muy débil, lo confieso; con alguna
entereza por mi parte, el mal hubiera tenido
fácil corrección; todo estaba reducido á cambiar
de *compartimento*, ó de coche, en una palabra.

Tentaciones tuve de hacerlo, pero una frase
de mi amigo Nicolás me contuvo, cuando ya
tenía un pie en el estribo.

—No me abandones,—me dijo, y me quedé
en el coche, á mi pesar, pero me quedé al fin.

Nicolás es el jefe de la familia á la que debo
todas mis inquietudes.

He aquí de los individuos de que se compone.

Doña Columba, cónyuge.

Pepita y Elisa, jóvenes casaderas, remilgadas
y vistosas.

Joselín, hijo del primer marido de doña Columba.

Arturo y Luisilla, niños de diez y doce años
respectivamente y fruto de Nicolás y Columba.
Jacinta, institutriz y ama seca.

Paula, criada de confianza, una gata, un perrillo
y una cotorra.

Llenábamos un departamento de segunda.

Las alambreras del coche venían atestadas de
enseres, un saco de pan, la merienda, almohadas,
bolsas de viaje, una maleta del antiguo régimen,
con cachivaches de cocina, una *mudada* para los
niños, por si acaso, y que sé yo cuantas cosas más.

No empezamos mal el viaje porque las penalidades
del camino se toman á diversión en el primer momento.

De Madrid á Aranjuez fuimos como si estuviéramos
en el propio Paraíso.

Las jóvenes marisabidillas pidieron fresa, así y todo,
sabiendo, por supuesto, que á primeros de Abril,
no dan todavía fresa las frondosas plantaciones
del Real Sitio.

Pero querían dar á conocer que conocen donde se
cra preferente y abundantemente el aromoso fruto.

Pero llegamos á Castillejos y... ¡ay! allí fué Troya.

Desbordado el apetito, la juventud pidió la cena.
Doña Columba metió mano á su merienda y yo á la mía,
por no ser menos.

Mi patrona no me había provisto mal; unas raciones
de pavo trufado, dos docenas de *sandwiches*, una
gallina asada, de casa de Alvarez, queso de Gruyere,
vino de Valdepeñas y un medio kilo de galleta de
Reinosa. Mi patrona al despilfarrarse de ese modo,
fué profética y adivinó qué gentes me habían de
acompañar en el viaje.

Antes que doña Columba desenvainara su merienda,
había yo exhibido la mía.

—¡Ah!—exclamaron todos al verla.

—Reservaremos lo nuestro para después de amanecer,—exclamó el jefe hembra de la familia.—Vamos ahora á probar de eso. Eso era mi ración.

Las jóvenes casaderas se volvieron locas de gusto en presencia de los *sandwiches*.

—Están hechos á la inglesa,—dije con la mayor sinceridad.

—Los acaparamos,—dijeron las pollitas,—porque el uso de esos emparedados facilita la buena pronunciación del idioma del Támesis y como estamos aprendiendo la lengua de *Shakespeare*...

La lengua no sé si la aprendían, pero los emparedados se los sorbían materialmente.

Los niños menos afectos á lo inglés que sus hermanas, se abalanzaron á la gallina mientras el padre y la mamá devoraban el pavo trufado.

La institutriz comía queso y pan.

Joselín no hacía más que beber.

Y yo mirar.

Cuando vuelto de mi estupor quise meter mano á los restos de mi comida, me mordió el

perro, me arañó el gato y la cotorra me dió un picotazo.

Naturalmente, mis invitados, al sentirse el estómago lleno se durmieron como unos benditos. Ni el ruido de la plataforma de Alcázar logró despertarlos.

Yo ansiaba que llegara el primer albor del día como el labrador hambriento de arar.

Por fin amaneció.

Amaneció cerca de Almansa.

Yo me moría de hambre.

Sin duda lo conoció doña Columba, porque dijo con gran prosopopeya: «Señores, á tomar un bocado.»

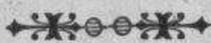
Sacó su merienda y... ¡Horror!

Para tanta familia tenía un panecillo francés y un cuarto de kilo de chicharrones!

No pude comer hasta llegar á Valencia. Comí tanto que me puse malo.

En lo sucesivo, cuando viaje no llevaré merienda, comeré lo que me den en las estaciones de *parada y fonda*, así me maten de hambre y me cueste un riñón el cubierto.

RAFAEL M.^a LIERN.



LA GRAN CRUZ

CUENTO PARA NIÑOS GRANDES

A mi madre María de los Angeles.

I

Acababan de dar las cinco en el reloj de la Casa Ayuntamiento de Aldeaseca. *Nuestras tropas*, mandadas por Antón, el hijo de don Samuel el boticario, se proponían aquella tarde conquistar definitivamente las ventajosas posiciones que ocupaban los *mambises* en el molino del tío Lagarto, situado al pie del cerro de San Dionisio, que debía ser para los muchachos de Aldeaseca y los movimientos de los combatientes, nada menos que la ciudad de Matanzas.

El abanderado de la compañía que mandaba Antón, era Angelín, morenote y rechoncho como un tonel, y más ágil que una lagartija. Siempre que entraba en acción peleaba con la sana idea de hincharle un ojo á Perico, el más encarnizado de sus enemigos, tan sólo por haberse prestado voluntariamente á capitanear con nombre de Maceo su hueste.

La toma de Matanzas tenía para *nuestras tropas* más importancia de lo que pudiera creer cualquier entremetido yankee. El padre de Antón regalaba al que más se distinguiera en aquella tarde, una caja de soldados, un tambor y un rós. Esto aparte de una condecoración que en forma de gran cruz, y para honrar altas categorías en la milicia, había regalado Víctor, el hojalatero, al General en Jefe. Hombre previsor el tal hojalatero, había de este modo pre-

viamente asegurado los cristales de su tienda de todo atentado.

¡Una gran cruz! Eso era lo que traía trastornado á Angelín. No los juguetes, porque nunca tuvo antojo por ninguno, ni jamás manifestó deseos de poseer los de otros, pues sabía muy bien construirlos de varias especies, tales como cañas, palos, huesos de albaricoque y guijarros de la carretera. Nada de eso; lo que él ambicionaba era alcanzar aquella gran cruz para que todo el pueblo le señalara como se señala á los valientes. Todo el pueblo, sí; hasta don Lucas, el maestro de escuela, que tanto se complacía en regañarle porque empleaba el tiempo de la clase en jugar *al paso* en la plaza del pueblo, ó *á la una le daba la mula*. Podría decirle acaso, que apenas si sabía deletrear, ó que jamás llegaría á escribir con buena letra; pero seguramente que otro había de ser el juicio que de él hiciera como militar.

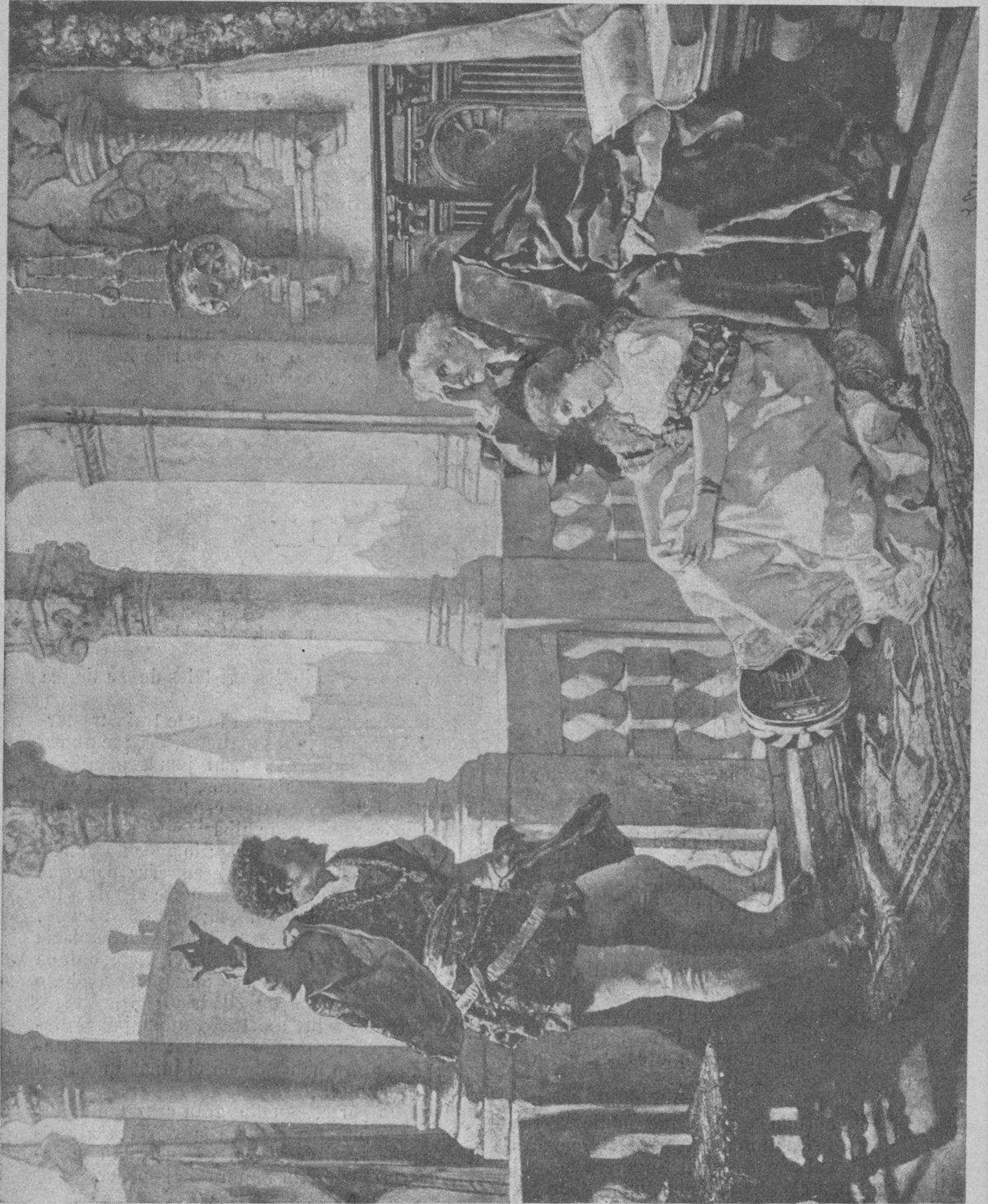
Por otra parte, aquella gran cruz tenía que ganarse á puñetazos, y en la refriega alguno tendría que recibir *Maceo*, y eso era lo que hacía desear á Angelín la hora de la pelea.

II

La acción fué muy reñida.

Los *mambises* formaban un semicírculo en redor del molino. Apenas rompieron el fuego,

BELLAS ARTES



Otelo contando sus aventuras a Desdémona y a su padre.

Cuadro de Becker.



Cuadro de Becker.

Otelo y Desdémona ante el Dux de Venecia, pidiendo protección para su amor.

contestáronlo con ejemplar disciplina *nuestros soldados* quienes tuvieron que retroceder tantas veces cuantas fueron las que intentaron el asalto. La victoria se inclinaba á favor de *Maceo* y sus *secuaces*. Los sitiadores, lejos de rendirse al natural cansancio, peleaban con mayor entusiasmo á cada instante. Antón, colocado en primera fila, no hacía más que alentarlos. De repente el General en Jefe nota que falta uno; el abanderado. Ni por un momento se atrevió á pensar Antón que Angelín se hubiese podido pasar á los *insurrectos*. Ya había tenido él muy buen cuidado en la designación del oficial encargado de llevar la bandera española. A ninguno de los suyos suponía Antón capaz de traición, ni por el doble de los juguetes que su padre don Samuel les había ofrecido, y mucho menos á Angelín, de cuyo pundonor estaba seguro el General. Indudablemente, Angelín había caído prisionero. Antón se disponía á dar noticia á sus soldados de lo ocurrido, cuando vió que los *mambises* huían á la desbandada.

Poco después, Angelín, seguido de unos veinte muchachos á quienes tenía en secreto alistados desde aquella mañana, y á los cuales había apostado detrás del molino una hora antes de comenzar el ataque, hacía ondear la bandera española en las alturas que á la vista de un puñado de valientes acababa de abandonar el enemigo.

Los de abajo, observando los efectos de la estrategia de Angelín comenzaron á gritar desaforadamente. ¡Viva España!... ¡Viva Cuba Española!

—¡Viva!—contestó Angelín,—¡mueran los!.. No pudo acabar la frase.

Un certero proyectil, lanzado sin intento de producir daño, pero con desdichado tino, por un rebelde que estaba oculto detrás de un árbol, dejó á Angelín fuera de combate.

Le había abierto la cabeza de una pedrada.

III

Seis horas después el cadáver de Angelín era colocado en un sencillo féretro de madera. Sobre el pecho del abanderado y sujeta con una cinta negra ostentaba el arrojado oficial la gran cruz que tan heroicamente había ganado aquella tarde. Como otros héroes de tantos combates, como otros obreros de tantas empresas, el pobre niño no pudo recibir sino muerto la recompensa de su esfuerzo. Así ocurre muchas veces, no siendo estos casos perdidos para el buen ejemplo, pues ninguno tan hermoso como el perder la vida por lograr una honra, y mucho más hermoso todavía si la honra que se anhela simboliza la gratitud de la patria hacia los que por ella pelean.

ANTONIO SOLER.



PERDIDA

SONETO

La encontré entre los restos de una orgia.
En sus ojos impúdica mirada,
la careta en el suelo abandonada
porque ya, para nada le servía.

Con la mano febril, aún mantenía
la copa del *Champagne* ya apurada:
atrás el capuchón, desabrochada
el seno á ojos lascivos ofrecía.

Hasta ella me llegué, y en sus oídos
palabras pronunció mi amante boca
de fe, cariño, honor, amor, nobleza:

¡lo que antes halagaba sus sentidos...!
¡mas riendo á carcajadas como loca
á la cara escupióme su impureza.

ENRIQUE DE LUIS.

A LA TOMA DE TETUAN

SONETO (1)

¡Musas, alcemos de victora el canto!
¡España despertó: su honor la inspira;
Y fué el arranque de su noble ira
Del mundo admiración, de Africa espanto!

En desagravio de ultraje tanto
Tetuan postrada á nuestros pies se mira,
¡Musas, cantad! y al eco de la lira
Reverdezan los lauros de *Lepanto*.

Si; que al ver por las ondas del Tirreno
Allá lanzarse en la guerrera popa
Hueste arrojada y adalid sereno;

Y que á sus antros con terror galopa
Roto y vencido el bárbaro Agareno...
Ya con respeto nos saluda Europa.

VENTURA DE LA VEGA.

(1) Improvisado, con consonantes forzados, en la tertulia literaria del Marqués de Molins.



NO ES CASA DE HUÉSPEDES

«Se desea un caballero con ó sin para vivir en familia. Informarán en la administración de este periódico.»

El anuncio literalmente transcrito apareció en *La Correspondencia de España* en una noche del mes de Diciembre de 189...

Don Canuto Delgado, solterón empedernido, antiguo empleado en el Ministerio de Ultramar y asiduo comprador del citado periódico, leyó-le aquella noche en el café de Levante de la Puerta del Sol, al que ordinariamente concurrían todas ellas de nueve á doce, para tomar durante la primera media hora, una taza de aromático moka, y jugar al tresillo en la tertulia las dos y media restantes.

En razón á su estado de soltero había don Canuto recorrido ya todas las casas de huéspedes de la Corte, y padecido bajo el poder de todas las patronas conocidas.

Desde el más modesto hospedaje de cien reales con principio... y fin del huésped como los ha llamado uno de nuestros más celebrados autores cómicos, hasta el más caro de diez pesetas diarias en las llamadas pomposamente casas para viajeros, todo lo había recorrido, sin encontrar en ninguna de ellas la tranquilidad de espíritu que dan las comodidades que en vano buscaba desde que vino á la Corte, desde su escondida aldea de la provincia de León.

En la que se comía bien era detestable la habitación y desaseado el servicio, y en la que éste podía soportarse pasaban los huéspedes hambre canina ó se les servía una comida capaz de estropear el estómago menos delicado.

Tentado estuvo muchas veces de casarse nada más que para dejar de ser el señor del gabinete, como hasta entonces le llamaron siempre todas las patronas, pero nunca llegó á tanto su decisión.

Sufrió también los inconvenientes de tener casa puesta de cuyo cuidado y gobierno encargó á una señora mayor, paisana suya, viuda de un magistrado que en vida fué su amigo, y tantos y tantos disgustos le proporcionó que vióse un día precisado á llamar á un preñero al que vendió todo su mobiliario y á poner á la señora viuda de patitas en la calle.

Vivió después en una cómoda y elegante habitación del Hotel Santa Cruz en la Carrera de San Jerónimo, pero si hasta entonces estuvo mal, pasólo peor en adelante, aun pagando su hospedaje á peso de oro, como suele decirse vulgarmente.

En muy poco estuvo pues, cuando leyó el anuncio que no comenzase á dar saltos y gritos de alegría seguro de haber encontrado en él su media naranja, y ni corto ni perezoso presentóse á la mañana siguiente en las oficinas de la calle del Factor, administración de *La Correspondencia de España*, con objeto de tomar los informes que en ella se ofrecían.

Diéronle allí las señas de la casa en cuestión, y sin perder más tiempo, encaminóse en el acto mismo, á la calle de San Onofre, n.º 40, piso 3.º, que eran las que correspondían al anuncio.

Alegremente subía don Canuto la empinada pendiente de la calle de la Montera, regodeándose en su interior con las comodidades que él suponía que en la nueva casa habían de ofrecerle.

Ya se veía instalado en ella en una tranquila habitación interior que escogería para que no llegasen hasta ella los múltiples ruidos de la calle, sentado dormitando en una cómoda mecedora que era el mueble que más le agradaba, ó saboreando los exquisitos guisos producto de recetas caseras, que nadie como una mujer arreglada y metódica sabe preparar y que inútilmente se buscan en las fondas y restaurants en cuyas cualidades suponía á la dueña de la casa, que por fuerza había de ser, ó á lo menos así se lo imaginaba don Canuto, una señora viuda que en vida de su esposo, había disfrutado de una desahogada posición, y ahora se veía obligada á *ayudarse* con el hospedaje de un caballero á quien según el anuncio daría un trato como de familia.

Entregado á tales alagadoras reflexiones, subió como decimos la calle de la Montera, y siguiendo por la de Fuencarral, entró en la de San Onofre parándose ante la casa correspondiente al n.º 40.

Algo le desilusionó el sucio y miserable aspecto exterior de la finca, que en verdad no podía ser más detestable y mucho más subió de punto en desencanto, cuando subió la antigua escalera cuyas blanqueadas paredes estaban llenas de desconchados, y viejos y carcomidos los escalones.

Sin embargo, como don Canuto tenía en gran estima la filosofía popular estereotipada en los refranes que corren de boca en boca y cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, acordóse del que dice que bajo una mala capa se oculta un buen bebedor, y llamó resueltamente á la puerta de la habitación.

Abrióse ésta al poco rato, apareciendo en ella la rechoncha y desgarbada figura de una mujer yo entrada en años, que al ver á don Canuto exclamó sorprendida.

—¿Cómo, es usted don Canuto?

—¡Doña Trinidad!—replicó éste.

Y sin esperar más bajó de dos en dos los escalones encontrándose en la calle brevisimos momentos después.

La señora que ofrecía la habitación en su casa para vivir en familia era doña Trinidad Mostacilla viuda de un coronel de las huestes del Pretendiente, una de las primeras patronas de seis reales con principio, que al llegar á Madrid, había padecido don Canuto.

JOSÉ CALDEIRO.

BELLAS ARTES



La ninfa del torrente.

Cuadro de H. Rac.

BELLAS ARTES



Cuadro de G. Pepperitz.

Beso de muerte.

LA ENVENENADORA

I

Pilar y Carlos eran al parecer, el matrimonio más feliz del mundo. Vivía con ellos Angeles, hermana de Pilar, la que al quedar sola en el mundo fué recogida por su hermana.

Angeles era hermosa; y Carlos hombre hipócrita y más infame, empezó á galantear á la cuñada, ésta al principio se espantó de aquellas proposiciones, después escuchó las galanterías y más tarde cayó en la red del miserable.

Pilar ignoraba estos amores, y aquella hermana que la adoraba, un odio secreto sentía ahora por ella.

II

Tres meses después de aquellos amores Angeles aterrada, habló así con Carlos.

—¡Ay Carlos, qué desgraciada soy!

—¿Por qué?... ¿Me asustas?—respondió el miserable.

—¡Dios me castiga!... Hay algo en mi que me anuncia que voy á ser madre.

Carlos palideció.

—¡Maldición!—exclamó desesperado.

—¡Ah! si no me hubiera fiado de tus palabras.

—¿Te amaba y te amo tanto?

—Pero nuestro amor era imposible.

—¿Y por qué?

—Tienes razón... ¿Y por qué?—replicó con furor la joven.—Tu me amas, yo te idolatro... pues bien... ¿Si mi hermana faltase me harías tuya?...

—¡Sí... sí!—exclamó con pasión Carlos.—Te amo, y por ti seré capaz de todo.

—Entonces—replicó en voz algo lúgubre Angeles—Pilar debe de ignorar mi estado, para ello es preciso que desaparezca.

—¡Angeles!

—¿Te espanta?... ¡Cobarde!

—No... no... lo que tú quieras.

—Un veneno lento...

La palidez de Angeles era mortal.

—¡Sea!—balbuceó el miserable—¡el Láudano!... una gota cada día en la leche que tiene costumbre de tomar todas las tardes, pronto estaremos libres de ella.

—¿Y luego nos uniremos?

—¡Sí... sí!... amada mía.

Y se abrazaron ebrios de felicidad.

III

Empezó la infame obra.

Todas las tardes servía Angeles á su hermana la taza de leche mezclada con la gota de Láudano.

Pronto empezó Pilar á sentirse mal; sus piernas se negaban á andar y su rostro era cada vez más demacrado.

Angeles estaba gozosa de su obra.

—¡Carlos!—le dijo la envenenadora en otra

ocasión.—Yo adelanto á ser madre... temo que mi hermana note...

—No lo notará—exclamó con voz grave el cómplice.—Pondremos los medios... Ya no puede andar... Unas cuantas gotas más y después la muerte.

IV

Aquella tarde Carlos, mientras preparaba la taza de leche murmuraba.

—¡Gota á gota, será esto el cuento de nunca acabar!... Angeles pronto será madre... y si Pilar notase... ¡Oh!... no... no... Si vierto en la taza cuanto Láudano queda en el frasquito la muerte es rápida... ¿Y qué importa?... Emilio mi amigo íntimo, y médico nuestro de cabecera... me prometió dar el parte de defunción tratando de ocultar nuestra obra... ¡Bah!... nada tengo que temer... es nuestro cómplice... Sea... sea...

Y apartando su vista hacia otro lado, vertió todo el Láudano del frasco en la leche.

V

Pilar era casi un cadáver sentada en un sillón y con los brazos caídos parecía dormir.

A su lado Angeles, la contemplaba, como se contempla á aquello que se aborrece y se ve acabar.

Abrióse la puerta y penetró Carlos con la taza de leche, estaba algo pálido.

—Déjala en el velador—exclamó con voz débil la enferma.

—¡Bueno!... aquí la tienes—respondió el marido—tómala cuando quieras... Yo te encuentro muy mal, y voy á llamar á Emilio.

Y salió del gabinete sin replicar palabra más, quería evitar de estar presente al último y terrible golpe.

—¡Anda Pilar! tómala que está calentita—dijo Angeles cariñosamente.

—¡No... no!...—replicó la enferma con un jesto de disgusto.—¡Estoy cansada!... ya no me produce bien ninguno... Tómatela tú si quieres.

Angeles vaciló.

—¡Bah!—continuó la enferma con amargura.—Lo comprendo... te repugna beber con esa taza.

Angeles cogió la taza.

—¡Beberé!—pensó—una gota no puede perjudicarme en nada...

Y apuró de un trago toda la leche.

—¡Repugnancia!... ¡ves como no!—exclamó enseñando á su hermana la taza vacía.

Momentos después, lanzando horribles gritos caía en tierra Angeles y retorciéndose con desesperación ante su hermana que la miraba consternada y llena de espanto, viéndola expirar cinco minutos después.

ORGIA TRISTE

Vamos, chiquilla... desecha
 los pesares de tu alma,
 no vuelva á empañar el llanto
 el brillo de tu mirada
 ¡que si te mata la pena,
 á mí tu pena me mata!
 ¿á qué el sentimentalismo
 á que te veo entregada?
 ¿No te quiero cuanto puede
 quererse, alma de mi alma?
 ¿Tus contentos no son míos
 lo mismo que tus desgracias?
 Pues entonces... ¿por qué lloras
 y te deshaces en lágrimas?
 ¿Si acaso por que crees
 niña, que estás deshonrada?
 y que el fango de los vicios
 te ha salpicado en el alma?
 no, no lo creas mi bien
 que donde hay amor, no hay falta:
 Tú te entregaste á aquel hombre

por que era tu pasión tanta
 que resistir no podías,
 y creiste en sus palabras
 confiándole tu honor,
 no viendo que era un canalla,
 que olvidando juramentos
 sin hacer caso de lágrimas
 te dejó con tu deshonra
 triste, sola, abandonada...
 Mas te sobra en mi el amor
 que en aquel hombre te falta,
 pues sólo para ti vivo
 y eres chiquilla adorada,
 la única á quien idolatro
 y á quien quiero con el alma,
 que el llanto no empañe más
 el brillo de tu mirada
 ¡que si te mata la pena
 á mí tu pena me mata!

JOSÉ DOZ DE LA ROSA.



¡AL OIDO!...

Un secreto, Fernando á su adorada
 tenia que decir,
 y la madre gustosa para ello
 permiso le dió al fin,

Al oído de Julia, aquel su boca
 acercó con placer...

Palpitaba su pecho... Abrió los labios...
 Breve el secreto fué...

¿Qué diría?... La niña embelesada
 sus párpados cerró,
 y en el aire su boca con ternura
 ¡un beso dibujó!...

JOSÉ SORIANO DE CASTRO.



QUISICOSAS

I

—Tan mal andamos, Fermín,
 que en la comida, advertido,
 el principio he suprimido
 y aún así no encuentro fin
 á este estado maldecido.

—¡Bah, no vengas con sandeces!
 dijo el otro.—¡Voto á brios!
 ¿De principio y fin careces?
 ¿Entonces por qué padeces
 si estás lo mismo que Dios?

II

¿Me preguntas, Margarita,
 que por qué es ciego Cupido?
 ¡Tomal... porque ciertas cosas
 no deben verlas los niños!

III

Doce niños ha tenido
 el poeta don Facundo:
 ¿Puede encontrarse, lectores,
 un poeta más fecundo?

JOAQUÍN LLÁCER PRÍNCIPE.



MISCELANEA

Escena de familia:

—¿Cree usted que puedo llevar á la Exposición
 este cuadro de mi hija?

—Otros habrá peores. Pero esa niña no habrá
 tenido maestro...

—No, señor; pinta de oído.

Gedeón y Piave, que tienen la misma edad, en-
 tablan el siguiente diálogo:

—Apuesto lo que quieras á que iré á tu entierro.

—Pues perderás, porque yo iré al tuyo.

—¿Qué te apuestas?

—Un almuerzo para los dos.

FANTASIAS FEMENINAS



Desabillée.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO-ARTISTICO

Director:

V. SUAREZ CASAÑ

TODA LA CORRESPONDENCIA

A D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco n.º 3. Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Semestre.	5 Ptas.
Un año.	8 »
Extranjero y Ultramar.	15 »

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.
—Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—
Pago adelantado.

CORRESPONSAL EN BARCELONA PARA LA VENTA

de
periódicos de Madrid y provincias

D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco n.º 3.

- ◆ ◆ *La Correspondencia de España* ◆ ◆
- ◆ ◆ ◆ *El Heraldo* ◆ ◆ *El Globo* ◆ ◆ ◆
- ◆ *El País* ◆ *El Enano* ◆ *La Granvía* ◆
- El Pelotari* ◆ ◆ ◆ *La Bandera Federal*
- ◆ ◆ ◆ ◆ *El Nuevo Mundo* ◆ ◆ ◆ ◆
- ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ *La Lidia* ◆ ◆ ◆ ◆ ◆

Corresponsal exclusivo en Madrid para la venta de LA SAETA, D. Antonio Fernández, Mayor, 2 y 4